

respondió ella; pero siendo las galas profanas un saco lleno de ira de Dios, yo desde mi juventud me dí á ellas en afeites y aderezos, á que acompañaban mis malos pensamientos; y aunque de esto me confesaba; pero era siempre sin dolor ni propósito de la enmienda. Así pasé, y nunca tuve valor para volver á revalidar aquellas confesiones; y así estoy sin remedio condenada.—¿Y qué figuras son esas tan horribles? le preguntó el hijo; y ella: Este dragon me trae y lléva por los torpes pensamientos que siempre tuve; estas lagartijas son ahora el adorno de mis cabellos; estos dos escorpiones me hacen pagar lo torpe de mis vistas; estos ratones me repiten royendo mis lascivas conversaciones; y en fin, estos dos demonios que á mis dos lados me acompañan, el uno es por los gastos superfluos con que á tu padre y mi marido, le hice gastar, con no pocas ofensas de Dios, en mis vanas galas y aderezos; y el otro es por las muchas mugeres á quienes yo provoqué y perdí con introducciones de usos y malos ejemplos. Con esto, y un estallido horrible, desapareció. ¡Oh, si sonara este estallido y estas voces en los oídos de tantas, como haciéndose el Matrimonio por su vanidad intolerable, acarrearán con él al alma cadenas de que nunca se desatará! ¡Oh, si sirviera este escarmiento para que logrando las mugeres la quietud, quitadas de vanidades y afeites que solo sirven á ellas de inquietud, y á todos de lazo, lograrán también los maridos, aliviada la carga de gastos vanos, en el Matrimonio la felicidad de esta vida, y en la paz y concordia de un buen gobierno de su casa, el logro de la eterna paz de la gloria.

PLATICA LXV.

DEL TERCER BIEN DEL MATRIMONIO, QUE ES LA PROPAGACION DE LOS HIJOS.

A 5 de Diciembre de 1694.

¿CUAL es aquel bien que á proporcion de lo que desconsuela cuando falta, aflige cuando se posee? Aquel bien, que mientras no se tiene, desasosiega á los deseos, y al punto que se consigue empieza á inquietar los cuidados? ¿Cuál es un bien que ya parece mejor cuando de él se carece; y ya cuando se goza, con lo mismo que atormenta crece su estimacion? Enigma parece cuanto preguntó, y es realidad bien experimentada la que propongo en el tercer bien del Matrimonio: *Bonum prolis*, el bien de la generacion. Un bien, que compuesto de dos contrariedades, no acabamos de saber cuándo son bien para los casados los hijos, pues cuando faltan desconsuelan, y cuando se tienen afligen. Mientras no los hay, falta en el Ma-

rimonio el cabal de su regocijo; y en habiéndolos, sobra en la casa el lleno de los cuidados. ¿Pues dónde está este bien? Dificil cuestion que alguna vez propuso á sus académicos Eurípides. ¿Qué les acarrea, preguntó, mayor gusto á los casados: la esterilidad, ó la fecundidad? ¿el tener hijos, ó el no tenerlos? Y en verdad que entre razones y argumentos, ya por la una, ya por la otra parte confusos, se quedó en pié la duda sin resolverse: *Dubius equidem sum, neque judicare possum, utrum melius sit progignere liberos, aut sterili vita frui.* (Apud. Tosum. in *Eccl. cap. 16.*) Si no los hay, es descanso; mas tambien triste soledad: si los hay, causan alegría; mas tambien profundos pensamientos de congoja. Si no los hay, ceñidos á menor esfera los cuidados, dán lugar á la vida; pero no dejan esa vida al corazon los incesantes deseos. Si los hay, divierten entretenido el amor con sus caricias: pero con sus travesuras tambien atraviesan al corazon los sustos. Quien no los tiene, vive libre de incesantes molestias; pero sin lo que alegra el Matrimonio y aligera las cargas. Quien los tiene, apenas vive cuando ni el sueño dejan ni el descanso; pero con solo verlos respiran alentados sus ahogos. Ellos, en fin, los desean los que no los tienen; y los que los tienen dicen que dé Dios hijos á quien los desea. ¡Oh, qué bien dijo Tertuliano! *Amara est liberorum voluptas.* ¡Oh gusto amargo! ¡Oh amargura gustosa la que en el amor mas dulce envuelve las penas y congojas mas amargas!

Vemos una Raquel que cuenta con la muerte el no tener hijos: *Da mihi liberos, alioquin moriar.* (*Gen. 37. vers. 2.*) Y esa misma que al tenerlos le cuesta Benjamin la vida, y por esto llamado

hijo de dolor: *Filius doloris mei.* Vemos que por Rebeca estéril clama Isaac su marido á Dios que le dé hijos: *Deprecatus est Isaac Dominum pro uxore sua, eo quod esset sterilis.* (*Gen. 25. vers. 21.*) Y esa misma, cuando ya teniendo en su vientre dos hijos, á los dolores que le causan clama arrepentida: *Misit mihi futurum erat, quid necesse fuit concipere?* (*Ibi. ver. 22.*) ¿Para qué fué concebir para tanto padecer? Vemos que un Abraham, aun ofreciéndole Dios toda una inmensidad de riquezas, todas le parecen nada mientras no tiene un hijo: *Quid dabis mihi! Ego vadam absque liberis.* (*Gen. 5.*) Y ese mismo, teniendo ya un hijo, aun solo con un susto le sirve de traspasar todo su corazon: *Ibi erat patris passio tota, ubi filius inmolabatur.* (Zenon Veron.) ¿Pues en qué quedamos? ¿Dónde está este bien de los hijos? *Bonum prolis.* Y si son bien del Matrimonio, ¿cómo no todos los matrimonios los tienen? Dos preguntas son á las que se ciñe hoy nuestra plática; y antes de responder á la primera, satisfaremos por ella á la segunda, que si no se halla tan fácil en qué consiste y está este bien, para que lo sea ha de ser Dios quien lo ha de repartir.

Cuatro llaves de la naturaleza decian los antiguos hebreos, reservó Dios á su propia mano, sin querer fiarlas á nadie. La primera, la llave del cielo en las lluvias, que su Magestad es quien al cielo le corre los cerrojos de diamante: *Qui aperit coelum nubibus, et parat terrae pluvium.* La segunda, la llave de los trojes, donde nos reparte las semillas para el sustento, aunque tantas manos sacrílegas le quieren quitar á su Magestad de la mano esta llave: *Aperis tu manum tuam, et imple omne animal benedictione.* (*Ps. 144.*) La ter-

cera, la llave de la muerte y de los sepulcros, que solo su poder podrá vencer sus fuertes armellas: *Aperiam tumulos vestros. (Ez. 27.)* ¿Y la cuarta? Esa es la llave de la vida, con que solo Dios es el que, animando en el vientre de la madre á la criatura, le dá el sér, y de allí la saca á vivir: *In te confirmatus sum ex utero, de ventre matris mee tu es protector meus. (Ps. 70. vers. 9.)* Ahora pues, ya de aquí se sigue cuándo es el mayor bien la esterilidad, y cuándo el no tener hijos es la dicha mayor de los matrimonios. Yo no niego que en los que no los tienen, sean muy lícitos los deseos, muy justos los clamores, muy gratas á Dios las oraciones para conseguirlos. Díganlo en la Ley Antigua una Ana mas prodigiosa por madre del mayor prodigio de la Ley de Gracia, Pero eso será para que Dios sea quien los dé; pues que usar medicinas, bebidas, y otras humanas diligencias, no tiene fé quien no vé tan grandes necesidades: *Nisi Dominus edificaverit domum, in vanum laboraverunt, qui edificant eam. (Ps.)* Y si Dios los niega, ¡oh, juicios soberanos! ¿quién no os adora? ¿Cuántas veces por bien de los padres así los niega, que con ellos quizá el amor nimio de los hijos, llenando de pecados las almas de sus padres, los habia de arrastrar hasta el infierno? Díganlo tantos padres como allá están sin mas cadenas que sus hijos. ¿Cuántas veces por el bien de los mismos hijos que, como á un Judas, les fuera mejor no haber nacido? ¿Cuántas porque prevee su Magstad la muerte corporal de la madre en el parto, ó del hijo la eterna muerte en el aborto? Y todas en fin, porque los que así deja en lo corporal estériles, sabe que en lo espiritual pueden ser para la eternidad fecundos, dejando en sus buenas obras,

hijos que mejor los eternicen. Díganlo aquel tan celebrado Juan Patricio Romano y su muger, que iguales en la virtud como en la esterilidad, y tan faltos de hijos como llenos de riquezas, escogiendo por su heredera á María Santísima, lo aceptó la Señora con el milagro prodigioso de la nieve, que en medio de los bochornos de la canícula, cayó una noche en todo el sitio donde se edificó la Iglesia de Santa María la Mayor en Roma, veneracion del mundo. Y preguntó yo: ¿fueran tan célebres hoy, tuvieran tan glorioso su nombre estos dos casados si hubieran tenido treinta hijos, en que quizá consumido su caudal al juego y á la vanidad, hubieran aumentado el infierno?

Entreténganse, pues, con las oraciones, limosnas y buenas obras, las esperanzas, que si conviene, dándoles Dios los hijos, será entónces para la felicidad mayor de su Matrimonio. (Apud. Marc. lect. 2. prop. 1.) Caso admirable es este que se halla grabado en una grande lápida en el templo del Salvador, en Roma. En el año de mil cuatrocientos setenta y cuatro, Juan de Mates y Catarina Calagnira, barcelonenses, habiendo pasado ocho años de su matrimonio sin tener hijos, con deseo de conseguirlos hicieron voto, y lo cumplieron, de decir una misa en honra de los doce Apóstoles, con doce cirios encendidos, y grabado en cada cirio el nombre de cada Apóstol. Oyéronles estos Soberanos Príncipes sus ruegos, y seguidamente de uno en otro año tuvieron estos dos casados doce hijos; ocho varones y cuatro hembras; y á cada uno le fueron poniendo por orden el nombre de cada uno de los Apóstoles. Y aunque vivieron despues muchos años, no volvieron á tener mas hijos. Muertos los padres, cada uno de

los hijos fueron muriendo cerca de la fiesta del Apóstol que á cada uno le tocaba; y el último de ellos, que se llamaba Pedro, fué quien, para eterna memoria, hizo grabar este prodigio en aquella piedra.

Y ya, de aquí se sigue claro el conocer cuándo es bien del matrimonio el tener hijos. No se mire este bien tan á lo material del gusto, tan á lo ratero de las mundanas conveniencias, tan á lo caduco de temporales sucesiones. Llámase bien, y lo es, cuando es bien para la República, cuando es bien para los decorosos lustres de la Iglesia, cuando es bien para el aumento feliz de los hijos de Dios, y cuando aumentándose con ellos el número de los fieles, son también para llenar el número de los Bianaventurados. Siendo así, ¡oh, qué gran bien del matrimonio! ¡oh, qué dicha de los casados! ¡oh, qué felicidad de las casas! *Gloria patris est filius sapiens. (Prov. cap. 10.)*

Un hijo, que á fatigas de sus padres mantenido, que á diligencias de la buena educacion enseñado, llega á ser en la Iglesia de Dios una lumbrera de sabiduría, ¿dónde hay corazon en un padre que tal ve? ¿dónde puede caber tanto gozo, tanto regocijo?

De Diágoras Rhodio, refiere Gelio, (Gel. l. 3. c. 15.) que habiendo tres hijos suyos ganado todos tres la Corona en los Certámenes Olímpicos, al ir todos tres humildes á ponerle á su viejo padre sus Coronas, él de regocijo cayó muerto, no cabiéndole en el corazon tanto gozo.

Un hijo, que á cuidados de la atencion y á ejemplos de la virtud de sus buenos padres, llega á ser el ejemplo de la República, el asombro de la Cristiandad, y la honra de la Iglesia en los Altares,

¿cuál será de sus padres con tal hijo la gloria? *Exulta gaudio pater justí. (Prov. 13.)* Un hijo en fin, que, ó ya á esfuerzos del valor, ó ya á fatigas del estudio, logra en su República los primeros puestos; ó ya (lo que es mas cierto) á esmeros de la virtud, consigue con Dios los primeros honores, ¿qué honra, qué aclamaciones, qué alabanzas no deriva en sus dichosos padres, que á su buena crianza logran tales premios? *Qui docet filium suum, laudabitur in illo, et in medio domesticorum in illo gloriabitur. (Eccl. cap. 30.)* Y si así lo ve, si así lo celebra, si así lo admira con tantas razones el mundo, ese es el bien grande del matrimonio en los hijos: *Bonum prolis.* Nada importan sus molestias, sus cargas, sus cuidados, si por ellos se llegan á conseguir tales premios.

Cuando San Francisco Javier estudiaba en París, molestando su padre, dió á entender en una carta á una Santa Monja en Granada, los muchos gastos que le causaba; y respondióle la discreta Sibila, que no dejase de fomentarlo, porque se prevenia en él un grande hombre en la Iglesia. Y cuando grande, ya lo ve el mundo; y en él cuánta honra á su casa y á sus padres, y cuánta gloria.

Siendo pues así los hijos, ese es el bien del matrimonio; pero si así no son, ¡oh Dios! esa es su mayor desventura. Una casa llena de mancebos inútiles, perdidos, vanos y holgazanes, ¿qué importa que sean muchos, si su número sirve solo de arruinar mas presto la casa, de borrar con mas manchas la honra, y de perder por mas manos el alma? *Ne jucanderis in filis impiis, si multiplicetur, dice el mismo Espíritu Santo, neque oblecteris super ipsos, si non est timor Dei in illis. (Eccl. 16. v. 1.)* Si no temen á Dios ¿qué importa que

por muchos parezca que en ellos se alarga la vida, se continúa la sucesion, si con su vida se dilata la deshonra, si con su sucesion se continúa de los padres la mayor infamia? *Non credas vitæ illorum.* Un hijo solo, que tema á Dios, que le sirva, y que así se sujete tambien á los honrados términos de su obligacion, ese solo vale mas que mil hijos azotacalles y jugadores, escandalosos y perdidos: *Melior est enim unus timens Deum, quam mille filii impii.* Y mejor es, en fin, no tener hijo ninguno, que dejar en malos hijos execrable y maldita la posteridad y la memoria: *Et utile est more sine filiis, quam relinquere filios impios.* ¡Ah, padres! ¡ah, madres! estremeceos á tales rayos fulminados por boca de Dios; y si el linaje es el que ya en nuestra lengua se llama casa, es para mostrar que no consiste hacer una buena casa en lo material de las piedras, en abastecerla de los bienes mundanos, sino en instruir bien á los hijos en el temer de Dios y la virtud.

Ello en fin, si á muchos casados les niega Dios los hijos por premio de sus virtudes, á muchos se los quita en castigo de sus pecados. Dos casados habiendo hurtado secretamente un buey; y al mismo tiempo mordiendo un perro rabioso á un hijo suyo, empezó el muchacho á rabiarse; eran grandes sus clamores y gritos. (*Speculum, v. Filium*) Lleváronlo al Abad Ammon, pidiéndole que le impusiera las manos.—¿Qué me pedís á mí que soy un gran pecador? respondió el Santo: Solo una cosa os puedo decir, y es, que vosotros sois los que tenéis en vuestra mano el darle la salud.—¡Nosotros! ¿cómo?—Yo os lo diré: Volvedle á aquella viuda el buey que le habeis hurtado, y al punto sanará vuestro hijo. Quedaron atónitos al ver que el va-

ron de Dios sabia lo que ellos tenían tan secreto. Mas volviendo á casa, restituyeron el buey, y sanó al instante y quedó del todo libre su hijo. ¿A cuántos quizá por semejantes bueyes se los niega Dios? ¿A cuántos quizá por eso se los quita? Así se lo respondió San Crisóstomo á otros dos casados que llorosos le rogaban les alcansace de Dios que se les lograra un hijo que les estaba por nacer, porque ya se les habian malogrado otros cuatro; (D. Crisóst. Sur. *in Vita.* 21. *Januar.*) y díjoles el Santo: Si vosotros cesáreis del todo en las culpas, yo os aseguro que os concederá Dios este hijo, pues por las culpas os ha quitado los otros cuatro. Así lo prometieron ellos con veras arrepentidos, y así tambien se les cumplió del Santo la promesa. Concluimos pues, que el ser ó no ser bien del matrimonio los hijos, no se mide, ni por deseos, ni por cuidados temporales, sino que se atiende por logros y provechos de buena educacion en las virtudes; y si con esto se crian: *Filii tui sicut novella olivarum in circuito mense tue: (Ps. 127.)* serán como pimpollos de olivas que coronen de gloria á sus padres. *Ecce sic benedicetur homo, qui timet Dominum:* Así echará Dios sus bendiciones sobre los buenos casados, así gozarán por toda su vida en los buenos hijos todos los bienes. *Et videas bonæ Hierusalem omnibus diebus vitæ tuæ:* Y así despues de su vida, y de gozar en ella la larga posteridad: *Et videas filios filiorum tuorum pacem super Israel,* irán á gozar los bienes mas colmados en la eterna paz de la gloria.